

PALABRAS Y ACEPCIONES

Miguel PELAY OROZCO

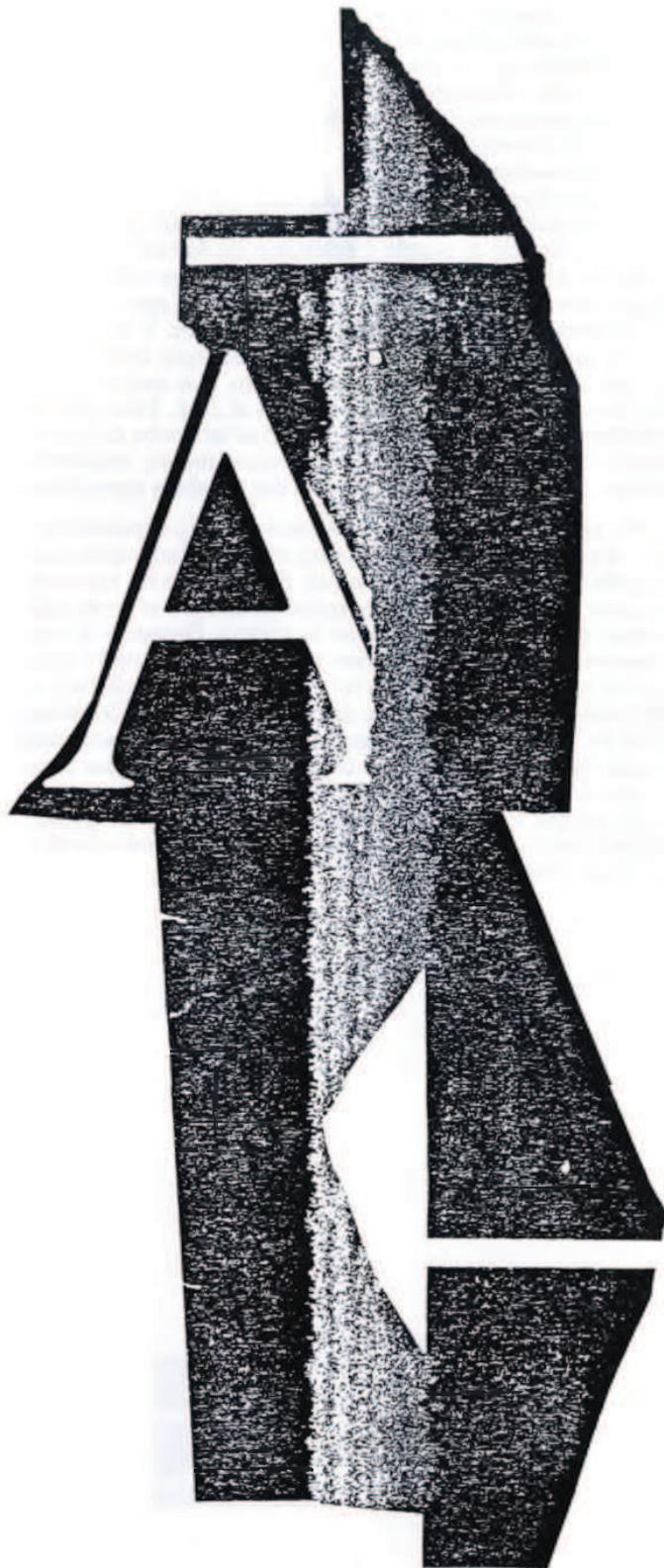
Por extraño que parezca, el escritor no alcanza a imaginar el interés o la trascendencia que pueden llegar a tener sus propios trabajos. Sin ir más lejos y en lo que a mí respecta, recuerdo que hace años, un artículo al que no había concedido mayor importancia, tuvo una gran repercusión. Versaba sobre el sentido correcto de la voz euskérica *lañeza* y sobre su sorprendente omisión en los numerosos diccionarios que a lo largo de los años habían ido proliferando en nuestro país¹. Como digo, mi pequeño trabajo alcanzó un eco inesperado, promoviendo una oleada de comentarios periodísticos y epistolares, sin contar con los que me fueron expresados de viva voz, en la calle y en el café. He de señalar que esta palabra *lañeza* no es una palabra muy extendida en el País. Al contrario. Su uso, al menos actualmente, parece reducirse a Guipúzcoa, y ni siquiera alcanza a la totalidad del territorio, puesto que en toda la amplia zona occidental es prácticamente desconocida.

De la importante secuela originada por mi artículo de maras, da idea el hecho de que personalidades muy importantes en el mundo de la cultura vasca y profundos conocedores de nuestra lengua, como don Manuel Lekuona, el doctor Justo Garate, don Pedro Berrondo (traductor al euskera del Quijote), Basarri, Santiago Aizarna, Olazabal y algunos otros que no recuerdo en este momento, salieron a la palestra, emitiendo sus respectivos puntos de vista en relación con el significado actual del vocablo y, en algún caso, con su posible trayectoria etimológica. Está visto que la semántica, la toponimia y las cuestiones gramaticales y connotativas del euskera despiertan siempre interés en el País.

Otra palabra cuya vigente acepción puede también suscitar más de una discrepancia es la que designa al árbol como *zuitza*. Debo confesar que a mí mismo me parece que el nombre de *zuitza* no es el genérico del árbol, como hoy está comúnmente admitido. Dicho sea con todos los respetos que me merecen quienes decidieron su asimilación. Creo haber oído o leído hace años, no recuerdo dónde ni a quién, que este nombre se derivaba de *zugaitza* (*zur gaitza* o madera dura y difícil) y que se aplicaba a un árbol determinado, poseedor de esa característica de rudeza y de arduidad. Esta sí se me antoja una interpretación lógica y que, en todo caso, resultaría de difícil impugnación. Por otra parte, expresiones como *lan gaitz* (trabajo difícil), *lo gaitz* (pesadilla, sueño malo), *arazo gaitz* (problema difícil), etcétera, parecerían corroborar esta tesis del árbol específico en contra de la acepción genérica.

A pesar de todo, la identificación árbol-*zuitza* (o *zuhaitz*) hizo fortuna y ya en el diccionario de Azkue —“*le plus complet et la meilleur de tous*” — en opinión de Vinson — aparecía sólidamente asentada. Por más que don Resurrección, que diferenciaba *zuitza*-árbol, de *zugaitz*-árbol bravío, se mostrara partidario de los términos *atze* y *aritz* para designar al árbol. Y ni que decir tiene que los diccionarios que sucedieron al Azkue fueron asentando y fortaleciendo la denominación general, muchos de ellos sin cuestionarla, si bien en uno de los más recientes, en el magnífico de Múgica, se nos da también las dos acepciones (*zuitza*-árbol y *zugaitz*-árbol bravío, de construcción). Sentido este último que, como digo, encuentro el más lógico desde el punto de vista etimológico.

Hace cosa de setenta años, el vascólogo francés Julien Vinson escribió un trabajo tendente a demostrar que el eus-



quera carecía de vocablos que expresaran ideas abstractas y generales. Y como apoyo a su tesis recurría precisamente a la palabra árbol, de la que aseveraba que no existía la correspondiente equivalencia euskérica. Por cierto que Vinson mencionaba una docena de voces que presentaban el componente *zu* o *zur*, pero que correspondía a diversos tipos específicos de árboles y no al árbol en sí. Don Telesforo de Aranzadi le salió al paso. Hay quienes creen que la inclinación del vasco por la polémica es cosa de nuestro tiempo. Están frescos. Echar un vistazo a nuestras publicaciones antiguas es encontrarse a cada paso con una controversia.

Ahora, lo que sí parece ser cosa moderna es la incorrección, el insulto y la grosería. Aranzadi tenía fama de poseer un carácter vivo, contencioso y atrabiliario. Yo le he oído contar a mi inolvidable amigo Fausto Arocena anécdotas atroces a propósito de las coléricas reacciones de don Telesforo. Sin embargo, cuando entraba en el terreno de la discusión escrita sabía siempre guardar las formas. En esta polémica, Aranzadi, que no aceptaba que el euskera careciera de palabras para la idea general del árbol (y al afecto remitía a Vinson al propio diccionario de Azkue), decía no obstante que al pastor de los páramos la idea del árbol se le representaba de un modo natural, porque apenas le era dado contemplar uno solo al cabo de un mes. Y algo parecido sucedía con el señorito de la ciudad, que únicamente se fijaba en la sombra que le daban los que encontraba a su paso cuando se dirigía de su casa al café. Pero que en cambio nuestro campesino, que sólo se ocupaba de los árboles en función de sus frutos, troncos, ramas, simientes, etcétera, los distinguía siempre por sus nombres específicos.

Uno piensa que en aquella altercación —y especialmente por parte de Aranzadi— primó más el bizantinismo que la auténtica discrepancia. Porque, existiesen o no los vocablos correspondientes a conceptos generales, si no se utilizaban, para el caso venía a ser lo mismo. Respecto a esta, digamos carencia, del término genérico, he contado alguna vez lo que me sucedió a mí mismo hace años en las estribaciones del monte Aloña, cercano a Aránzazu. Caminaba solo, sin un rumbo fijo y gozando de un tiempo soleado pero fresco, cuando me encontré con un pastor. Por pasar el rato me detuve y estuvimos charlando unos minutos acerca de las ovejas, los precios de la lana, del queso, etc. De pronto, reparé en unos cuantos caballos que se distinguían arriba, en el confín del monte, y se me ocurrió preguntarle:

— *Zaldi ayek zureak al dira?* (¿Aquellos caballos son suyos?).

El pastor me contempló un instante y sin siquiera alzar la vista dijo:

— *Oyek ez dira zaldirik* (No son caballos)

— *Zer dira, ba?* (¿Qué son, pues?) —me oí decir, sorprendido.

— *Biorrak* (Yeguas) —respondió sin inmutarse.

Para mí, *kaletarra*, caballos y yeguas eran una misma cosa. Lo determinaba el propio genérico castellano. Para el pastor de Aloña, desprovisto de tal instrumento conexivo, identificar *zaldiya* con *biorra* era como confundir una jirafa con un hipopótamo...

Quiero señalar, finalmente, que a los trabajos de Vinson y Aranzadi sucedió uno, muy breve, de don Julio Urquijo, en el que aportaba otro nombre genérico del árbol. Nombre que hoy no consta, que yo sepa, en ningún diccionario moderno y que, sin embargo, figuraba en el más antiguo diccionario vasco conocido: el de Landuchio. Este nombre era el de *errexala* (*sic*).

A diferencia de lo sucedido con el vocablo *zuitz*, esta palabra no hizo fortuna y, no obstante el prestigio de que ha gozado siempre en el País todo lo arcaico, si llegó a brillar un día (que uno no lo sabe de cierto) terminó apagándose para siempre...

1.- Posteriormente apareció inserta en el "Múgica" y me figuro que en el "Autoridades", de Akesolo (que aún no me ha sido posible consultar).

